

Capítulo 4

Universidad al Barrio: retos y rutas para la construcción de saberes entre la academia y las comunidades

Luisa Fernanda Sánchez Sánchez³²

Carlos Alberto Espinosa³³

³² Docente–investigadora del programa de Comunicación Social de la Fundación Universitaria Compensar. Candidata a magíster en Estudios Culturales, especialista en Infancia, Cultura y Desarrollo y profesional en Comunicación Social y Periodismo. lfsanchezs@ucompensar.edu.co - luisafernanda.saber@gmail.com

³³ Docente del programa de Comunicación Social de la Fundación Universitaria Compensar. Especialista en Gerencia de Mercadeo Estratégico, comunicador social y periodista. carlospinoso@ucompensar.edu.co

Punto de inicio

Usualmente se parte de una historia. ¿Cuál? La que atraviesa y se instala en la memoria para ser tratada. Por eso, este capítulo comienza con una, aquella que tiene el resumen de lo que acá, usted como lector, puede encontrar. En uno de los espacios de intercambio comunitario se escuchó: “Es que a la universidad le hace falta calle”. ¿Qué implica escuchar esta oración?, ¿qué es la universidad?, ¿qué es la calle?, ¿sus diferencias son tan distantes e imposibles de vincular? Desagregar los elementos llevaría tiempo, pero acaso, en función de realimentación, se podría plantear también: “A la calle le hace falta universidad”.

Pensar puentes entre las universidades y los contextos locales es el objetivo central de este capítulo, partiendo del campo de la comunicación/educación como escenario donde se integran las expresiones culturales, comunicativas y prácticas de acción como una invitación a plantearse retos con las universidades en el marco de lo que se ha denominado *capitalismo académico* y cómo, a pesar de este, nos acercamos más a la propuesta de lo que grupos de académicos latinoamericanos han llamado la universidad decolonial o, por otros, *universidad activista*.

Considerar y apalabrar en el siglo XXI la *universidad activista* implica tres estaciones de nuestra escritura: la primera: la universidad, un marco de reflexión sobre su responsabilidad social, sus cambios y los retos que tiene con el *capitalismo académico*; la segunda estación: una mirada sobre “la calle” a partir de la experiencia pedagógica Universidad al Barrio llevada a cabo por la Fundación Universitaria Compensar³⁴ a través del programa de Comunicación

³⁴ Para esa época, aún la fundación tenía el nombre de Fundación Universitaria Unipanamericana, pero es importante aclarar que desde octubre de 2020 la marca cambia, por tanto, todo el artículo hará mención a la nueva marca: Fundación

Social durante 2018 y 2019 con su participación en el Circuito Armenia³⁵ y cerrará con una tercera estación: la universidad activista, con recomendaciones de corte administrativo, pedagógico y metodológico de los aprendizajes obtenidos durante la experiencia Universidad al Barrio que sirvan como extensión para crear lazos entre el quehacer académico y territorial.

Primera estación: la universidad

Partimos de la experiencia de Universidad al Barrio y el programa de Comunicación Social; primera pausa: la palabra *programa* nos revela inmediatamente estar anclados a una facultad y esta figura remota a la constitución de la universidad como una institución moderna. Así que es *desde, con, a través y para* la universidad las distancias y potencias que se desarrollarán; por tanto, reconocemos la modernidad como una característica intrínseca a lo escrito acá, pero siempre poniéndola en tensión y cuestión frente a los conocimientos obtenidos. Entonces, la estructura se hace evidente y la distribución de los conocimientos también: hablamos desde las ciencias sociales, humanidades, y es el programa constituido por *syllabus*, objetivos y metodologías los considerados experto y científico, a veces alejados de los mal llamados saberes menores.

Entender la universidad como una institución no continua, siguiendo a la concepción de Wallerstein (1996), es primordial, pues si bien responde a los principios de la modernidad (razón kantiana, científica y medible), se ha adaptado a los cambios sociales a lo

Universitaria Compensar.

³⁵ El Circuito Armenia es un evento realizado en el barrio Armenia, de la localidad de Teusaquillo en Bogotá, Colombia. Este circuito se lleva a cabo una vez al año entre septiembre y octubre y cuenta con la participación de diferentes colectivos.

largo de sus dos siglos y medio de existencia. Ya la transformación entre la universidad medieval y la moderna destaca quiebres claros, no se quedaría atrás pensándola en el siglo XXI, mediado por la globalización, crecimiento y desarrollo tecnológico, entre otras cuestiones marcadas desde la última década del siglo XX más claramente por Buenfil (1992), donde indica que esta separación se rompe por cinco puntos de cambio: “1) el orden mundial y sus referentes económicos, políticos y militares desplazados, 2) desmoronamiento de mitos, 3) crisis financieras, 4) resurgimiento del racismo, nazismo, intolerancia y fanatismo religioso y 5) una nueva racionalidad cibernética y no una razón trascendental” (p. 24). Al tiempo, menciona que las universidades clásicas ubicadas en el norte global (Europa y Norteamérica) se han destacado por tener métodos más rígidos, frente al caso de las universidades de Latinoamérica, y esta posición menos ortodoxa es significativa para remodelar la institución a partir de experiencias singulares y diversas. Sin embargo, pone en cuestión la credibilidad de la ciencia frente a los cánones establecidos en el ambiente universitario.

En el caso colombiano, la universidad no solo es el lugar privilegiado del conocimiento, sino que además se asocia a “ser alguien en la vida” en el argot popular, es decir, cobra sentido ser parte de la institución porque en la educación formal se ha instalado un valor de salir adelante, dejar la pobreza atrás, tener habilidades, destrezas y conocimientos que sean útiles tanto para los sujetos como para la nación.

Atravesar y ser atravesado por la universidad es una acción validada a través de un papel; será entonces ese conocimiento experto el que separa entre quien sabe y quien no, aun en la crisis actual donde esta promesa de la cualificación no es garantía de inmersión laboral en el sector que se educa. La sobreprofesionalización se problematiza, entonces ¿quién conoce?, ¿cómo se validan los contenidos de las disciplinas?, ¿quien no atraviesa la universidad no accede

a desarrollar su inteligencia? La distribución de los conocimientos es un juego entre líneas del saber y el poder, como ya nos lo habían anunciado (Restrepo, 2020). Por tanto, los conocimientos extraídos aprendidos y desarrollados fuera de la universidad se han catalogado como saberes menores. Será entonces la pregunta por el barrio, lo que sucede entre vecinos, tenderos, espacios públicos y su validez en el conocimiento con el intercambio con los miembros de la Universidad; para ello, habrá que preguntarse cuál es la noción de responsabilidad en las universidades.

Esta responsabilidad social de la universidad es entre comillas un “bien común” porque justamente imparte el conocimiento necesario para cada contexto territorial y va a ser el escenario universitario por excelencia el lugar donde se privilegia y se pone como prioridad la producción del conocimiento. No obstante, este ideal de privilegio en la producción y gestión del conocimiento ha sido tornado por una división entre lo interno y lo externo a la universidad. Podemos entender lo interno como la comunidad universitaria, las disciplinas y otras instituciones con quien entra en comunicación y lo externo como todo aquello que forma parte del mercado y la economía.

Esta ruptura y situación hace preguntar sobre la función social de la Universidad, de su gestión en el conocimiento hacia los factores sobre qué educar y se va a presentar un estrechamiento en las relaciones universidad-empresa con el fin de generar conocimientos en pro del desarrollo y la productividad. “Al menos en Colombia, en las tres últimas décadas el sistema universitario se ha orientado en modelo empresarial, donde los discursos de la productividad, la calidad y la internacionalización se han ido posicionando sin mayores cuestionamientos. El creciente papel protagónico de una imaginación burocrática asociada a este modelo es también otro de los rasgos que han permeado, con mayor o menor fuerza, la labor cotidiana de las universidades” (Restrepo, 2020, p. 14).

Estos índices de productividad en el conocimiento generado por la comunidad académica hace un llamado, desde autores como De Sousa Santos (2009), Castro-Gómez (2007), Restrepo (2020), Giroux (1997) y Walsh (2005), en cómo pensar una universidad en términos de lo poscolonial (Castro-Gómez, 2007) o el planteamiento inicial del activismo.

De esta manera, la responsabilidad de las instituciones universitarias necesita retornar a su principio de conocimiento y ser conscientes del lugar y necesidades que suplen en el contexto donde están ubicadas. Por tanto, a continuación se desglosarán algunos principios de la universidad colonizadora latinoamericana con el fin de trazar tres claves centrales para retomar en el último apartado del capítulo. Decolonizar la universidad para Restrepo (2020) implica la interrupción de la lógica y cuestionar las prácticas en la multiplicidad de los saberes, poner el conocimiento científico y experto al mismo tiempo de los saberes menores, es decir, una característica de diferentes modalidades de saber sin las jerarquías producidas por el poder; dos: un cuestionamiento al eurocentrismo, en este caso a los procesos de internacionalización, y podríamos decir nosotros a tener un pensamiento global interconectado, pero retomando en la noción del *glocal*. Y, finalmente, una desnaturalización de las narrativas eurocentradas; “la idea no es simplemente rechazar la modernidad, los universales, la ciencia o la razón arguyendo que son culturalmente específicos a Europa y, en consecuencia intrínsecamente reproductores de eurocentrismo. Aunque esto último no deja de ser cierto, provincializar a Europa significa más bien desplazar Europa del centro de la imaginación histórica, epistémica y política” (p. 21)

Teniendo en cuenta lo anterior, la característica central de esa universidad poscolonial debe resaltar su carácter transcultural en donde no solo se ubican, en primer lugar, los conocimientos y sabe-

res producidos en otras geografías no hegemónicas, sino que también puedan entrar en un *diálogo de saberes*.

Al seguir esta noción de la universidad poscolonial, consideramos tres aspectos relevantes que uniremos a la experiencia realizada durante 2018 y 2019 en la Fundación Universitaria Compensar. El primero, relacionado con la no jerarquización de los saberes planteado en términos de Freire y Castro-Gómez, *diálogo de saberes*, puesto que tendremos un puente de comunicación entre los docentes investigadores de este proyecto y los vecinos de la primera comunidad directa cercana al territorio de la universidad: el barrio Armenia. Un segundo aspecto, relacionado con descentrar lo hegemónico y mover el conocimiento a lo local, términos que aportan el campo de comunicación-educación sin oponerse a la idea de lo internacional, sino integrándola a la formación de los estudiantes como una mirada multimodal. Y un tercer elemento, que tiene que ver con la universidad y su bien común, retornará cómo cada uno de los conocimientos generados en los espacios académicos intervienen e interpelan las comunidades, los y las estudiantes y docentes en el proceso de formación.

Y es el lugar donde surge el concepto de capitalismo académico, porque ya no hay una separación entre el conocimiento por el saber y el amor por el conocimiento y otra cuestión monetaria, sino que al final todos imbrican en un punto clave que pone de frente “la noción misma de la responsabilidad, la constelación axiomática en la cual se inserta y el contexto discursivo actual (las relaciones entre Universidad, Sociedad, Producción, Saber, Técnica, etc.) tienen que ser permanente re-examinados” (Buenfil, 1992, p. 22). Bajo esta mirada, no se puede negar la brecha de acceso a la educación donde, en términos de Díez (2018), en el capitalismo académico, el rol del estudiante es sinónimo de endeudado, puesto que los valores cada vez son más altos y se requiere una serie de créditos para acceder a ese conocimiento experto.

Segunda estación: la calle, Universidad al Barrio

Si en el primer momento estamos describiendo la función social de la universidad, el marco en que se encuentra en el siglo XXI y una crítica y descentramiento a lo moderno y la posibilidad de crear nuevas experiencias, enseguida se describirá el puente hecho desde lo local por ubicación geográfica entre el barrio Armenia y el programa de Comunicación Social. Para la reconstrucción de los hechos de este capítulo, contamos con las entrevistas de la directora del programa, Diana Ruiz; de Wilmar Reina, uno de los integrantes del circuito, y la experiencia de uno de los autores de este capítulo. De esta manera, vamos a indicar en esta segunda parte del capítulo los elementos principales que se destacan en este trabajo colaborativo: 1) la invitación, 2) las actividades realizadas y 3) los aprendizajes de este intercambio.

El barrio Armenia está ubicado en la localidad de Teusaquillo de Bogotá, capital de Colombia, centro de la ciudad, caracterizado por ser una zona histórica donde se encuentran los primeros ejemplos de barrio con arquitectura alemana e inglesa, puesto que habitaron muchos inmigrantes extranjeros para comienzos y mediados del siglo XX, y edificios de los 70.

Actualmente, esta zona de la ciudad congrega diferentes sectores: 1) Entre casas clásicas y edificios, algunos habitantes son propietarios y han estado en el barrio por más de 30 años, otros han sido habitantes transitorios, entendidos como aquellos que llegan en años recientes -la mayoría jóvenes- como herederos o arrendatarios; 2) se encuentra el sector productivo, ya que encontramos varios hoteles y organizaciones no gubernamentales, los cuales arriendan estas casas para llevar a cabo su labor; 3) es importante mencionar que, al colindar con la avenida Caracas y con la calle 26, hay una alta presencia de habitantes de calle; 4) se hace presente el sector uni-

versitario, puesto que ya se encuentra en la Fundación Universitaria Compensar desde 1992. Justamente, la fundación tiene un papel importante para el barrio, ya que es un agente de recuperación del patrimonio y la memoria arquitectónica al tomar como sede una de las construcciones más famosas del siglo XX en la ciudad: la urbanización las Mercedes.

Tener este papel dentro del territorio fue pieza fundamental para integrar a la función sustantiva de la universidad de proyección social la creación de vínculos con la comunidad, siguiendo uno de sus ejes estratégicos. Bajo una política de 2018, en la UCompensar (para ese momento Unipanamericana) existe la intención de acercarse a los diferentes actores del territorio para generar contactos y ampliar redes de acción desde lo barrial y local. Así las cosas, el programa de Comunicación vio la posibilidad de agenciar intercambios de construcción de ciudadanía, acciones colaborativas y de formación para llevar a cabo esta propuesta en 2018, integrando a sus diferentes actores: docentes, estudiantes, vecinos, medios y colectivos.

El intercambio generacional que se da en ese territorio da paso a generar otros movimientos entre los ciudadanos y de ello se rescata el movimiento cultural que se va gestando como colectivos, donde aparece la presencia del Circuito Armenia, el cual también tiene una lectura territorial de los actores y se acerca a la universidad con el fin de promover el circuito, un espacio de intercambio cultural entre artes, oficios y saberes. “El circuito es al menos una propuesta cultural colaborativa y autogestionada que es impulsado por los vecinos del barrio Armenia, que busca abrir espacios pluriculturales y generación de ideas, talentos y emprendimientos” (Barrio Armenia, s. f.).

De esta manera, desde la universidad se designan algunos investigadores y docentes inscritos al programa integrados con un grupo de semillero para hacer algunas actividades de apoyo al Circuito

Armenia. La primera actividad realizada fue una serie de reuniones entre la dirección, los investigadores y los estudiantes junto con los representantes del Circuito Armenia³⁶.

La invitación, entonces, va a ser uno de los principios más importantes dentro del capítulo, ya que vincula la universidad con el saber del barrio, entendiendo el intercambio que implica tener una universidad dentro de este sector. Sobre todo desde el programa de Comunicación Social, se van a iniciar algunas indagaciones sobre las prácticas comunicativas que hay alrededor del barrio, ya que el Circuito Armenia integra experiencias del cuidado del medio ambiente, experiencias artísticas y de intervención, como el caso de la Casa Kilele, donde se realizan diferentes eventos culturales.

Así la participación de la universidad, de estudiantes e investigadores va a hacerse con la intervención de algunas piezas de video promocionales para que las personas se acerquen a las actividades programadas en la semana del circuito. Después de esta participación, el interés por mantener este vínculo universidad-barrio se prioriza y se considera pertinente, para el 2019, integrarlo como una experiencia de investigación y no solo como una participación de apoyo.

De manera que después de la invitación viene el desagregado de las actividades estipuladas para la construcción de un proyecto de intervención con la comunidad. Es aquí donde se definen las prácticas comunicativas en el barrio entre tenderos, habitantes, habitantes de calle, colectivos, universitarios y demás población transitoria en este espacio.

³⁶ Cabe aclarar que el Circuito Armenia es el nombre bajo el cual varios colectivos y organizaciones de vecinos se juntan, por lo tanto, van a variar los actores cuando se hable de este circuito.

Bajo un enfoque en sus prácticas comunicativas barriales se encontraron ausencias para plantear el proyecto junto a diferentes intercambios entre la sede de la Universidad y los espacios del barrio, entre docentes y líderes del Circuito Armenia. En medio de las reuniones salían las diferentes problemáticas, situaciones y condiciones que actualmente está viviendo el barrio, así entonces se convertían en material para hacer esta propuesta de intervención. Entre los temas mencionados se destacó la inseguridad y, frente a ello, se empezaron a generar propuestas para identificar los puntos críticos.

Otra de las actividades dentro del proyecto fue identificar otros actores que intervinieran en el espacio y que pudieran ser potentes en su combinación; ingresa, por tanto, el Canal Global TV, ubicado también en el barrio, y con el cual se generó una propuesta de combinar el trabajo de la universidad, el trabajo del circuito y una propuesta donde se pudiese vincular la realización audiovisual con el canal.

Durante la combinación de estos talleres y espacios para la acción cabe destacar que algunas de las actividades no fueron desarrolladas totalmente, ya que algunos vínculos dentro de la comunidad se estaban quebrando. Uno de los que se puede destacar en palabras de los docentes que intervinieron es el diálogo entre las generaciones, porque no estaba siendo tan efectiva la apertura a encuentros con toda la comunidad, ya que algunas personas mayores consideraban que la propuesta de esos colectivos juveniles estaba interrumpiendo en las dinámicas del barrio y no posibilitaba un encuentro real entre los intereses de unos y otros. Es por ello que la dirección empieza a centrarse en el trabajo del proyecto sobre los talleres y el vínculo con Global TV y, por otro lado, establecer el diálogo directo con la comunidad, casi tocando puerta por puerta.

De manera que con diálogos mediados por diferentes actores se crea una serie de temáticas y con ellas se desarrollaron los talleres

que más adelante implicaron hacer unas piezas comunicativas con las propuestas; la idea estaba centrada en hacer que la comunidad se viera reforzada con las temáticas de los talleres. Aun cuando fueron los docentes quienes se acercaron a la comunidad con nuevas temáticas, la dificultad continuó y la comunidad no participó.

En tanto la comunidad no tuviera una representación significativa, el proyecto dio un giro para llevar a cabo su meta objetivo y su metodología planteada implicó recoger voces de ciertos líderes y de allí generar algunas piezas para Global TV, eliminando los talleres. Se generó la iniciativa de producción audiovisual “midiendo calles”, que tenía como espíritu un reconocimiento en la universidad y experiencias en el territorio sobre procesos de resistencia ciudadanos.

En medio de las dificultades, tanto la invitación como las actividades tuvieron un principio colaborativo; va a ser entonces una pieza fundamental para el trabajo entre las comunidades y los diferentes actores que puedan proponer espacios de acción sobre los territorios. Lo colaborativo en este caso visibiliza la necesidad de ayudar para el desarrollo de los talleres, el conocimiento de las tensiones en las prácticas comunicativas que se presentaban en el barrio, el desarrollo de las piezas audiovisuales y registros fotográficos.

Esta actividad, que sale del aula de clase, las sillas, las paredes y el tablero, vincula la docencia, la investigación y la proyección social en una sola actividad; por tanto, se potencia en los procesos universitarios para sembrar y hacer ejercicios de replicación del conocimiento local sin necesidad de pasar por la inscripción en la nota.

Al reconocer los procesos de invitación y actividades que se desarrollaron durante 2018 y 2019, cerramos este capítulo con algunas reflexiones del aprendizaje construido en este tiempo.

Tercera estación: reflexiones y recomendaciones

Algunos de los aprendizajes desde la parte administrativa de la universidad es que el proceso investigativo debe contar con la continuidad de docentes inscritos al proyecto, puesto que algunas de las personas responsables del proyecto no tuvieron continuidad por las formas de contratación y van hacer los periodos intersemestrales. Estos se convierten en espacios en blanco, puesto que no pueden hacer avances del proyecto y es allí donde se pierden fuerzas sobre el trabajo que se viene realizando durante los cuatro meses del semestre. Otro de los elementos observados es el tiempo, pues se reduce de manera significativa y los alcances y objetivos del proyecto pueden verse afectados.

Es importante mencionar la contratación de las universidades, ya que es un fenómeno que se presenta a partir del contexto del capitalismo académico. No solo es un fenómeno presentado en el proyecto Universidad al Barrio, sino que se registra en diferentes experiencias institucionales. Se considera entonces importante destacar el compromiso que ha tenido la Fundación Universitaria Compensar para 2020, donde los cambios de contratación se han llevado a cabo y la presencia docente cuenta con términos más definidos y, sobre todo, efectivos para intervenir adecuadamente los espacios.

Por otro lado, cabe destacar que cualquier intervención realizada con la comunidad buscando el vínculo con la academia debe ser responsabilidad de un grupo de trabajo. La capacidad transdisciplinaria en las formaciones docentes abre caminos a nuevas metodologías, interpretaciones y visiones epistémicas que entran en conjunto, se debaten y logran alcances precisos y coherentes. Este grupo de trabajo deberá estar constituido por diferentes representantes de la comunidad académica, docentes, investigadores y, con mayor relevancia, estudiantes. Para la experiencia Universidad al

Barrio, se integró la participación de algunos estudiantes del semillero, decisión que implica una réplica con varios agregados, por ejemplo, integrar un semillero de diseño visual y mercadeo y publicidad, hasta podríamos afirmar de otras facultades, con el fin de que el componente transdisciplinar emerja desde la misma formación. Esta característica transdisciplinar responde a lo que hemos denominado universidad poscolonial o universidad activista, con el fin de integrar las disciplinas y evitar su división.

En este sentido, podemos agregar que el territorio no solo se puede intervenir si está cerca a las sedes de la universidad, sino que también a través de los semilleros se lograron identificar los barrios y los territorios de los cuales vienen los estudiantes y sea desde su misma intención crear laboratorios, talleres, espacios de formación con sus comunidades cercanas. Esta reproducción de la experiencia se resalta en tanto que la Universidad puede llegar a lugares inimaginables, como centros de cuidado de infancia, casas de cuidado de adultos mayores, hogares para habitantes de calle e instituciones dedicadas al cuidado de personas con trastornos mentales. Quizá estos otros escenarios no tan normalizados pueden aportar al diálogo de saberes y al encuentro de sujetos diversos.

Ya en relación a los aspectos metodológicos y pedagógicos, la experiencia Universidad al Barrio nos deja varias características que considerar para replantear y repetir. Una de las primeras a considerar es la estrategia para llegar al barrio: no se puede asegurar que la comunidad tenga las puertas abiertas a la intervención de actores como la Universidad por el hecho de estar en el mismo territorio. Los acercamientos de docentes, investigadores y estudiantes deben hacerse de manera sincrónica y con un piloto de reconocimiento de necesidades, intereses, conflictos, con el fin de estarse acercando de manera cuidadosa. Quizá puede funcionar la integración de la educación continuada en donde no solo sea la Universidad quien visita puerta a puerta a

los habitantes del barrio, sino que además abre sus puertas para que los vecinos sientan que pertenecen a la institución.

Plantear un proyecto de intervención con la comunidad implica desaparecer el reloj occidental de 12 a 6, es decir, las ausencias y la baja participación de los habitantes es un reto para los investigadores, docentes y estudiantes porque previamente debe existir un tiempo de preparación y, sobre todo, de sensibilización frente a las actividades que pueden desarrollarse. Podemos decir entonces que un componente central y transversal a lo largo de todo el trabajo Universidad al Barrio debe ser la noción de participación. Una de las dificultades que se replican es que la participación muchas veces es únicamente de representación, firmar listas, tomar fotos, cuando la intervención comunitaria implica el saber popular y partir muchas veces de los intereses y saberes de los mismos habitantes.

Retomando lo anterior, diseñar un proyecto de investigación requiere plantear unas fases de reconocimiento y sensibilización que en muchas ocasiones por el corto tiempo que hay para desarrollar las propuestas no se tiene en cuenta. Quizá para muchos considerar fases es un “sentido común”; sin embargo, los aprendizajes dentro de las Ciencias Sociales y Humanidades es que ese sentido común es lo menos común que hay. Así que la recomendación también está dada a la estructura universitaria, departamentos de investigación, para que dentro de los cronogramas y calendarios establecidos se tenga en cuenta que, si un proceso depende y es junto con la comunidad, implica también la Universidad se desacomode y se permita nuevas posibilidades de relaciones con el tiempo. Claro está y valga señalarlo en este párrafo, son las formas en que la calle atraviesa la Universidad sin que la Universidad deje de ser lo que es.

Tener como prioridad la comunidad permite que se creen unos vínculos no solo de orden mediados por los objetivos, sino vínculos

emocionales. Cuando los territorios y el trabajo comunitario están atravesados por el reconocimiento del otro, la escucha y la participación activa realmente se hacen en las comunidades, siguiendo el concepto de comunidades emocionales, que se potencian y crecen para intervenir los espacios y construir comunidad desde el discurso, las prácticas y hasta la resolución de conflictos. Y cuando hablamos de comunidades emocionales no solo nos referimos a emociones “positivas”, sino también reconocer el tedio, el conflicto, el desinterés como campo para explotar y que pide ser intervenido desde la cultura, para resignificarlo y encontrar puntos que puedan ser llevados a otra escala, como escenarios locales de consejerías de resolución de conflictos.

Es claro que como proyecto universitario debe responder a unos tiempos académicos institucionales, sin embargo, generar algunas variedades en el cumplimiento de formatos, informes y otros documentos pueden ser replanteados con antelación con el fin de no retrasar ni presionar el trabajo con la comunidad. Cuando se recae en prácticas insistentes sobre el proceso, los datos pueden ser imprecisos y alejados de lo que en un principio se quiso diseñar. Sea un ejemplo que la noción de prácticas comunicativas contemplada por los investigadores fue una noción distante de la comunidad y al final, con el fin de cumplir ciertas exigencias, desarrolló un giro inesperado donde se crearon piezas de comunicación audiovisuales y fotográficas sin la participación de la comunidad a la que iban dirigidos los talleres en un primer momento.

Aún así es una ventaja la habilidad de las personas que intervinieron en esta experiencia para haber respondido, a través de esta lectura territorial, a los objetivos que se habían planteado al comienzo. Crear nuevas alianzas con el canal comunitario, con otros colectivos distintos a los que integra el Circuito Armenia y con otras experiencias comunitarias es ampliar el marco de acción para la universidad,

la facultad y los programas. Este reconocimiento de actores, tanto en el espacio territorial como en el espacio del campo de la comunicación, debe alimentarse para establecer proyectos de largo aliento. De esta manera, se evita la urgencia de diseñar proyectos de cuatro meses para responder a unos objetivos estratégicos, pero que no alcanzan proyección y, por el contrario, pueden llegar a cerrar puertas con las comunidades. Así entonces, desde el pensamiento estratégico, será necesario mantener una comunicación bidireccional y multimodal con aquellos actores que pueden aportar a la formación de los estudiantes, a las discusiones de las aulas de clase e incidir en los territorios.

Al retomar algunas de las reflexiones en las entrevistas de los actores que intervinieron durante el proceso, se recoge la palabra colaboración, palabra que integra acciones determinadas para que sea viable, presente y real.

Lo único que nosotros encontramos a partir de ese colectivo fue la reciprocidad un trabajo colaborativo; entonces, de hecho cuando hicimos todo el proceso de replanteamiento, fue para ellos muy interesante y valioso este proceso de repensarse en términos de ejercicio investigativo y de hecho desde la misma comunidad se generaron procesos de trabajo metodológico en términos de la investigación conjunta para el reconocimiento del territorio; sobre todo, pensando que la metodología de la investigación estuvo muy orientada a eso, a un conocimiento de cómo los habitantes del barrio se relacionan con los habitantes y queriendo hacer un énfasis en las prácticas comunicativas que podían llevar a diseñar otras formas comunicativas para hacer los procesos de encuentro, pero ellos siempre estuvieron muy dispuestos (entrevista directora del programa de Comunicación, Diana Ruiz).

Si hemos desarrollado un proceso piloto con tiempo y hemos creado comunidades emocionales que son capaces de vivir con la diferencia y el conflicto es porque se ha permitido desde la distancia y

los múltiples intereses que puedan tener los actores del territorio la colaboración para llevar a cabo una actividad. En este caso, la siembra de un árbol, los talleres en la casa Kilele, intervenciones artísticas en el parque principal, presentación de resultados a la comunidad y demás. Estos procesos entre universidad y barrio requieren de un compromiso entre los sujetos con la interpelación de creencias y nuevas realidades. Todas estas palabras nos indican que desde el salón de clase, pasando por la relación de los docentes e investigadores y el acercamiento con las comunidades, se debe priorizar el principio de la colaboración para construir proyectos significativos que respondan a las necesidades de ese momento y lugar.

Es aquí donde cobra sentido el concepto del primer acápite sobre el diálogo de saberes. No será el investigador, ni el docente o el vecino quien tenga la última palabra sobre cómo se debe hacer el trabajo en el territorio. Será el saber del investigador, su capacidad de curiosidad, el reconocerse a sí mismo como habitante de un lugar, muchas veces vecino también de un barrio, el que le permitirá tener actos de empatía con el saber del vecino, quien quizá no tiene un título universitario, pero tiene la experiencia de leer el contexto del territorio y sabe mucho más que un artículo o capítulo publicado de lo que se desea y necesita. Por tanto, ese diálogo de saberes implica un reposicionamiento del poder saber, destacando la palabra horizontalidad, en acciones concretas como generar espacios de escucha, metodologías activas direccionadas principalmente por ese actor que queremos atravesar y, al tiempo, reconocer como figuras representantes de la universidad que las experiencias del trabajo de campo y de la calle nos pueden atravesar y cambiar los modos establecidos.

Si consideramos la experiencia Universidad al Barrio de la Fundación Universitaria Compensar como una experiencia local, su riqueza es la devolución consciente que se puede hacer en ejercicios

académicos, como la escritura de un capítulo, donde se reconocen las fortalezas y debilidades de cada uno de los actores y actividades desarrolladas durante este proyecto. No se puede pasar por alto que al ser una actividad con la comunidad alcanzamos índices de la proyección social y la pregunta central aquí para la UCompensar es cómo quiere ser recordada por esos habitantes que participan de experiencias como Universidad al barrio. Sea pertinente entonces que esa pequeña actividad de tomar una fotografía y registrar la memoria de un evento como el Circuito Armenia puede llegarse a interpretar como una Universidad interesada en el desarrollo y mejoramiento de lo más cercano. Desde los estudiantes cobra un sentido de eco, con esto queremos decir que abre rutas novedosas para aplicar la teoría a la práctica y se desplaza no solo en territorio, sino en tiempo. Al ser los profesionales quienes a partir de su experiencia promueven diálogos horizontales y desarrollan capacidades y habilidades para liderar procesos, el eco se extiende a sus esferas cercanas, como la familia, su propio barrio y escenario laboral. Al responder por cada una de estas escalas se identificó un perfil de la UCompensar y que, en términos de lo local, al expandirse, cumple su función sustantiva de una Universidad del bien común.

Con el fin de aclarar lo anterior, solo podemos mencionar que en la actualidad los trabajos locales no se quedan limitados, sino que a través de esa transformación digital una experiencia local puede llegar a ser reconocida en latitudes inimaginadas, llegando, por tanto, a contribuir desde lo particular a discusiones globales. Las estrategias de liderazgo que pueden crear los estudiantes permiten un reconocimiento de la potencia de los territorios donde habitan, barrios como en las localidades de Bosa, Suba, Kennedy, Ciudad Bolívar, Usme, y pensar sus realidades más cercanas como organizaciones a las cuales intervenir desde la comunicación, siempre con movimientos de contracción para estar permanentemente en actitud reflexiva.

Esa actitud es una recomendación metodológica, pues se hace urgente considerar la sistematización de experiencias como una apuesta política de la Universidad para generar espacios de reflexión de los actores que intervienen en las experiencias investigativas. La educación popular en Colombia ha enseñado que la educación y las intervenciones sociales no impactan significativamente si no se reflexiona sobre ellas. Esa es la razón por la cual el grupo de trabajo que se destine a hacer una intervención, sea investigativa, de creación o experimental, debe tener una persona responsable de recopilar la información y generarse preguntas sobre los mismos datos. Cuando hablamos de sistematización no lo podemos reducir a una carpeta que recopila documentos, entrevistas y fotos; hacer la apuesta por sistematizar la experiencia implica que el investigador sea el mismo investigado y generar reflexiones sobre su propia práctica y saber. Muchas responsabilidades recaen en el otro actor cuando no se logran los objetivos; sin embargo, la capacidad de preguntarse y cuestionar el trabajo hecho abre horizontes culturales y educativos tanto para el individuo como para la institución.

En este proceso de sistematización no solo puede estar el equipo de la Universidad, sino que deben intervenir también los otros actores; la participación activa y la colaboración se traducen en que tanto el líder del colectivo de sembrar árboles como el evento del Circuito Armenia se tomen el riesgo y la aventura de pensar la calle desde la Universidad. Es por eso que este capítulo es un llamado a quienes no están presentes en la escritura, pero que sí tuvimos en cuenta para aprender del proceso e incluir sus reflexiones alrededor de lo sucedido durante 2018 y 2019.

Reconocemos también los aportes, reflexiones y recomendaciones para el campo de la comunicación; si partimos de la posición comunicación-educación, comprendemos que históricamente la comunicación y sus procesos vinculados con la cultura y lo social están

anclados profundamente al trabajo de base. Ya Barbero se encargó hace muchos años de mapear la historia de la comunicación como un campo de saber y en él se reconoció que el primer lugar de las reflexiones alrededor de la comunicación fue la “calle” y luego la formalización de la institución. La riqueza de recuperar ese vínculo con la base es retornar a los principios de una alfabetización propia.

Como facultad y programa, esta visión de la alfabetización propia y la permanente visión sobre la región latinoamericana nos pone en tensión y nos reta en un mundo donde la comunicación ha sido limitada a las redes sociales, *influencers* y la capitalización del conocimiento. ¡Poco menos problema que tenemos entre las manos! No podemos negarnos a las realidades contemporáneas de los diferentes vértices de la comunicación, por el contrario, será estratégico considerar la digitalización de la vida y los discursos de productividad aliados para intervenir comunidades desde el quehacer comunicacional.

Al “hacer oído”, como se dice en la calle, de las apuestas que tiene la profesión de la comunicación social y ubicarnos en los conflictos latinoamericanos representados en los barrios, cumplimos con uno de los principios de su universidad transcultural, descentralizando la mirada en Europa y volcando las preocupaciones, aportes e intervenciones a lo que conocemos y que, seguramente, volvemos a aprender cuando los intervenimos. Es importante decir acá que no podemos confundir mirar Latinoamérica haciendo un primer plano y olvidar los planos panorámicos.

Cerramos entonces este capítulo con una mirada atravesada, en otros términos, logramos vincular la Universidad a la calle y la calle a la Universidad y sabiendo que los retos que quedan por hacer son profundos, donde se requieren habilidades creativas, comunicativas y reflexivas. Aun cuando se contemple el marco del *capitalismo*

académico, posibilidades de proyectos que intervengan realidades y se escuchen voces distintas a las citas APA, puede pluralizar el discurso universitario. Se debe mantener la rigurosidad de los procesos académicos y la flexibilidad de los procesos comunitarios, porque hacen del conocimiento una praxis y esta es una potencia urgente para las nuevas realidades y condiciones emergentes que tenemos como sociedad. Así, el concepto de organización y estrategia en la comunicación desde la facultad y el programa de la Fundación Universitaria Compensar sigue firme frente a aportar a la producción del país, siempre desde una mirada integradora, constructivista y efectiva.

A medida que pasa el tiempo, es cada vez más importante el papel de las relaciones entre la universidad y la comunidad donde habita, sugiriendo compartidamente estrategias de reconocimiento y desarrollo productivo y dando máxima importancia a la integración de objetivos comunes con una colectividad. No se puede desconocer que el proceso de aprendizaje requiere un mix entre la teoría y la práctica, un aporte significativo a la interpretación de la realidad; entender diferentes perspectivas fuera del aula ayuda a construir, fortalecer y desarrollar permanentemente el encuentro con sujetos, con visiones comunes o distantes, pero, sin duda, le apuntan al fortalecimiento del músculo social.

Referencias bibliográficas

- Buenfil, B. & Rosa N. (1992) *Responsabilidad, Estado y función social de la universidad: pasado, presente y futuro*. Argentina: Jornadas Docentes Universitarias de Historia de la Educación. Instituto de Investigación en Ciencias de la Educación, Facultad de Filosofía, Humanidades y Artes de la Universidad de San Juan. 24 y 25 de septiembre.

- Castro-Gómez, S. (2007). “Decolonizar la universidad. La *hybris* del punto cero y el diálogo de saberes”. En Ramón Grosfoguel & Santiago Castro-Gómez (eds.), *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, pp. 79-91. Bogotá, Siglo del Hombre Editores.
- De Sousa Santos, B. (2009). *Una epistemología del sur: la reinención del conocimiento y la emancipación social*. México, Buenos Aires, Siglo XXI-Clacso.
- _____ (2007). *La universidad en el siglo XXI. Para una reforma democrática y emancipatoria de la universidad*. CIDES-UMSA y Plural Editores, Bolivia.
- Díez Gutiérrez, E. J. (2018) “Universidad e investigación para el bien común: la función social de la universidad”. En: *Aula Abierta*, Universidad de Oviedo, volumen 47, número 4, octubre diciembre, pp. 395-402.
- Restrepo, E. (2020). “Decolonizar la universidad”. En Barbosa, J. & Pereira, L. *Investigación cualitativa emergente: reflexiones y casos*. Sincelejo, Cekar, pp. 11-27.
- Walsh, C. (2005). “Interculturalidad, colonialidad y educación”. Ponencia en el Primer Seminario Internacional (Etno)Educación, Multiculturalismo e Interculturalidad. Universidad del Cauca, 1 al 4 de noviembre.